

**Estaba la pájara pinta
sentada en el verde limón**

Albalucía Ángel
Estaba la pájara
pinta sentada en
el verde limón

Primera edición

Junio de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Digital Books

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-87-6

Depósito Legal B 3922-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

© Albalucía Ángel, 1975, 2022

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

A José

Joven colombiano: Si quieres ver por mis ojos las grandezas y miserias de la más oscura noche de tu patria, lee este horario, vivido más que escrito. En él recojo los hechos en que intervine, que presencié o de los cuales tuve una información autorizada e inmediata durante el desarrollo de los sucesos.

Incluyo algunos detalles ambientales, porque sé, por propia experiencia, su utilidad para quienes vuelvan mañana sobre ellos. Lo he escrito sobre notas instantáneas que tuve el cuidado de tomar en las propias pausas de los acontecimientos, para asegurarle a la memoria puntos fijos de reconstrucción y para que, en caso de subsistir, no todo quede sepultado bajo el silencio de las ruinas morales y físicas. Si de paso te encuentras alguna flecha, no voló de mi carcaj: ella es apenas señal de tránsito en este laberinto de hechos, hombres y juicios. No sigas apretándote el corazón únicamente ante el bacina miento de los escombros materiales. Apriétatelo, sí, ante los escombros morales. Y levántate sobre las ruinas, ¡así no más eres hombre!

JOAQUÍN ESTRADA MONSALVE

El 9 de abril en Palacio

Vendrán seguramente de Tailandia. Imposible. Se ve por el plumaje, dijiste dando una chupada profunda al cigarrillo, y las volutas se fueron dispersando: se quedaron inquietas, vagarosas, moviéndose al garete, y a gran distancia lo demás. La silla roja, tu chaqueta colgando, la camisa. Todo impecable, perfecto, todo en orden. Las líneas rectas delimitando la ventana, las curvas enredándose en la chimenea, dando una vuelta por el atizador; desenroscándose en la lámpara Coleman que colgaba del cielorraso, ya sin aire, y difundía apenas un resplandor descolorido. La pared blanca, blanquísima. Un ligero calambre caminándome por la palma de la mano, moví los dedos: ¿tienes calambre?, sí: siempre me da en el lado izquierdo, y entonces tu cabeza se levantó algunos centímetros, ¿así? Todo armonioso, en calma. Todo pintado de felicidad y camuflado por ese aroma a ruda que penetraba a rachas desde el río (el canto de las chicharras) como si no supiéramos la farsa, el juego, la trampa colocada con precisión de artífice. Yo no me creo la historia que ellos cuentan, que se la traguen los pendejos, fueron ellos: no te la creas nunca: claro que no, te aseguré mientras oía el ruido del arrayán que el viento batuqueaba contra los tanques de agua, y te miré los ojos de ese color extraño, brillantes por la fiebre, mientras seguías diciendo cosas y disponiendo de mi miedo como si en realidad lo que tuvieras en la mano fuera otra vez mi sexo descubierto y penetraras en él, como buscando. ¿Qué

buscabas? ¿Cuál era el hilo que te sacó del laberinto con paso tan seguro?

¿Por qué decidiste abatir el gran secreto? Dime. Ahora que todo viene y va como una rueda de molino, se deshace en partículas, gira, se agranda y se achiquita, es ahora el momento de saberlo. De mirar para atrás. Terminar de una vez con este cosmos inflamado de imágenes sin lógica. La raíz, por ejemplo, porque la vi en aquel instante. Un árbol gigantesco, seco, las ramazones desprendiéndose, todo cayendo igual que un escenario de cartón: es la felicidad, te oí que murmurabas, mientras que se expandía aquel calor por dentro, aquel olor a dulce de guayaba.

¿Tú te acuerdas? Aquel sabor de cuando nos quedábamos tardes enteras en las ramas: mañana lloverá, se me ocurrió, pero también podría ser el equivalente de mañana, entonces, por consecuencia ilógica va a ser el fin del mundo, sin remedio, porque todo tendrá que liberarse de una vez de esta burbuja incandescente, ¿podrá decirse burbuja incandescente?, no creo que se pueda, pero no se me ocurre nada más. La raíz me desborda. Me taladra los huesos. Me acogota. Da vueltas y se proyecta luego contra el techo: trataré de explicarte, no puede ser difícil. Son figuras ya viejas, imágenes borrosas, desteñidas, a lo mejor también lo estás pensando. ¿Podré olvidarme un día de que nací de un vientre, de un orgasmo, de un acto como todos los actos de otros días, de un espermatozoide unido con un óvulo, de algo que hizo que hoy yo esté presente, aquí, muy quieta, sintiendo cómo tu piel respira, cómo todo por dentro se revela, se queda en vilo y nos asombra? ¿Podrá decirse burbuja incandescente?, te pregunté mientras que tú, ya en el delirio, hacías el gesto de

quien sobreagua en remolino. ¿Podremos esperar a que la noche pase, y el alba, y después otro día?, contestaste en voz baja como si no confiaras ni en ti mismo y cerraste los ojos, te dormiste: bajaste al fondo del misterio y te quedaste en él como si hubieras sido siempre un pececito de agua dulce: no sé... le respondí al vacío, no sé si al fin podremos, puesto que a lo mejor esto es un sueño y mañana, mañana, me respondió en un eco el viento que sin cesar golpeaba el árbol, y un leve resplandor se comenzó a filtrar por las rendijas (las chicharras callaron), y me deshice entonces, sin violencias. Me desgarré mil veces, pero esta vez no había señales. El cosmos daba sus vueltas de costumbre, se ordenaba tenaz, infracto, riguroso. La silla con tu camisa seguía en el mismo sitio y nada indicó el terror: el sudor frío que desató el comienzo de otra visión definitiva. Ningún signo auguró que esta vez sí era el salto. El derrumbe de cosas cotidianas como el ir por el pan o el caminar del brazo por el parque, y mientras que tú duermes yo identifico esta dulzura dolorosa que llegó así, de pronto, igual que las catástrofes (o los milagros, simplemente) desalojándonos del cosmos. Condenándonos.

Revelando la identidad del miedo y del azul. Del vuelo de esas aves, que vienen de Tailandia o de quién sabe dónde, pero que existen, son. Para qué entonces preguntarse cuándo vendrá de nuevo el alba, y sus trompetas. Dónde está elregonero. Por qué hoy es hoy y por qué mejor no lo fue nunca. Ya son casi las cuatro, ya es muy tarde, ya es hora del regreso: tienes que devolver tu sueño de Teseo. Pero la fiebre y el delirio te han agotado el cuerpo, que se estremece todo el tiempo vencido por la sed que no se sacia: me quemarán la pinga metiéndome un alambre, me obligarán a abrir la

propia fosa y me colgarán entonces de los pies y las manos, como un mico, me explicas con una voz que tiembla de iracundia: y así hasta que me muera: como le hicieron a los otros.

*The memories of childhood
have no order, and no end.*

DYLAN THOMAS

Como una taza de plata, Sabina. A la señora no le gusta que el bidé esté sucio ni que el water esté sucio ni que en el piso del baño haya pelos ni mugre en los rincones debajo del calentador tampoco polvo en el zócalo de la ventana que da al patio detesta cuando dejas tus huellas en las manillas de las puertas hay que usar guantes para hacer esas cosas, pero el agua del lavamanos chorrea a toda madre gorgoreando como cuando hay inundaciones las chinelas chancleteando sin parar y lógicamente un día de estos vamos a necesitar un arca o algo así ¿ya fregaste con Ajax? no te olvides que desinfecta desengrasa deja olor a limpio dos gardenias para ti, canta, mientras pule los biselados y quita el polvo y friega el mugre y qué vamos a hacer con esta vida, Sabinita: qué con este dolor de cabeza que tengo desde ayer y que me está empezando otra vez, maldita sea.

Le dijeron, Sabina. Las malas lenguas le vinieron a contar con quién ando, cuántos paquetes de papas fritas me comí en vespertina, si tenía cara de aburrida o de contenta, vamos a ver: ¿tú qué opinas entonces de la tan pregonada libertad individual? Le dijeron. Y siempre es alguien que ni por equivocación me he tropezado. Las Aparicio me contaron que el sábado a las ocho estuviste en El Lago, y yo te había dicho que después de las siete ni se te ocurriera. Además, con esa muchacha, por ahí. Pero si esas señoras tienen ciento noventa y tres años cada una y no me pueden, no nos pueden haber

visto a las ocho, cómo podían, ni con un catalejo; pero lo habrán comprado, de seguro: tendrán un telescopio instalado en el balcón, y un oráculo falso también, si no, cómo se atreven a asegurar que yo estuve en El Lago si por donde yo anduve ese día fue en Cerritos. Pero así son las cosas. Dijo muchacha con el deje con que a veces te ordena lavar esos limpienes de la cocina porque se están cayendo de mugre, con ese mismo asco, ya comprendes, con el mismo temor de que qué va a pensar la gente si los ve allí colgados. Que piense lo que quiera. Yo me largo esta tarde para la Arenosa así se hunda el mundo, y cuando las Aparicio le cuenten cómo son las cosas, las cosas ya serán como son y no como ellas las están contando. ¿Esa no era la hija de Ignacia?, comentará Felicinda, tan sorda, tan empingorotada, tan con ganas de marido desde el siglo de las luces, claro que sí, hija querida, la que le planchaba la ropa blanca a misía Domitila, ¡por Dios, cómo está el mundo! añadirá frunciendo cumbamba y entrecejo al mismo tiempo, gesto inaudito pero muy propio de ella, María Gertrudis Aparicio, la más flaca, ojerosa, piernicorta y coqueta de las cinco hermanas. Esa misma, señoritas insignes. Nos dejaban chapucear en la bañera de latón instalada en el patio, a pleno sol, íntegra la mañana rocheleando biringas, creo que cuando más tendríamos cuatro y siete años, pero me acuerdo como si fuera ayer. Me veo siempre chapuceando en esa tina azul de peltre, al lado del guayabo, es la visión que más se me repite: mi abuela vigilando desde el enchambranado y yo haciendo ranitas con el agua, pero eso entre nosotras es como si no hubiera ocurrido. Jamás hemos hablado de esas cosas.

A lo mejor se le ha olvidado. O a lo mejor no me lo dice porque le da vergüenza. Quién crees tú que tiene la razón:

ella con su vergüenza o mi mamá pensando que la gente va a decir que. Me parece que si continuamos empeñados en barrer muy bien la casa y en dejar los biseles del bidet como un espejo nos va a agarrar tarde o temprano la menguante. Jamás supe por qué a uno lo agarraba la menguante, ni quién era esa señora. Vaya ligero, Chucho, porque si no, lo agarra *la Menguante*, aconsejaba mi abuela con aire de prudencia, y debió de ser pariente de *la Patasola* o de *la Madremonte*, figuras terroríficas que no me dejaron dormir tranquila hasta los doce por lo menos. Me las soñaba siempre, aullando por los montes, robándose a los niños que no les gustaba levantarse temprano, y por qué, me pregunto, tener que resistir todo de un golpe, desde tan tierna edad.

8:30 a.m. Llega Gaitán al edificio Agustín Nieto. El portero le abre la reja y lo felicita por la audiencia de la noche anterior. «Me trasnoché por oírlo, doctor». De una modesta casa del barrio Ricaurte sale el embaldosinador Juan Roa Sierra; pasa a la residencia de su amante María Forero, esposa separada de un empleado de telégrafos, le da tres pesos para el diario y se marcha.

Un día me dijeron que si no me tomaba la sopa venía el *Sietecueros* y con eso tuve. Jamás pude volver a tomar una sopa sin sentir el *Sietecueros* observándome con sus ojos de color de azufre y su cola escamada, y quién te dice que el *Sietecueros* no existía, yo por si acaso me tomaba la sopa, creo que todavía me la tomo a veces con un cierto temor, y entonces ya te digo: a darle duro a los biseles, pero

ella insiste en dos gardenias para ti, mientras el reloj de la iglesia da las nueve.

No demora en venir a despertarla. En jalar la cortina y subir la persiana de dos tirones para que el ruido sea insoportable y la luz desbarate implacable la penumbra vaga de la alcoba, la última imagen de ella desde el maizal viendo la casa con el enchambrado de macana rojo y el techo entreverado como los de las casas de los americanos: el corredor de atrás, el lavadero y las pilastras grandes de cemento con el tanque de Eternit que sirve para almacenar agua, y Enriqueta, como siempre, cuidando las bifloras. Quitando las hojitas secas, removiendo las eras, echándoles encima un puñado de tierra de capote y regándolas con la bacenilla de los orines, porque son de primera para las matas, fertilizan, decía su mamá, y todos ellos tenían que hacer pipí por las mañanas en la bacenilla de las bifloras. El resto está tapado por el seto de pinos. El modelo de la casa lo sacó su mamá de un *House & Garden*. Después Elías, el maestro de obra, la fue construyendo con otro par de peones y por fin un día la llevaron en el Ford colepato de su papá, cargados de canastos y de ropa de cama. Desde entonces volvieron todas las vacaciones de Navidad y las Semanas Santas, los quince días de julio, y muchas veces los fines de semana.

Sube la cuesta sembrada de pasto Imperial y al llegar a la loma, ve cómo la Leona va crecida. El agua, que normalmente no llega a cubrir el playón de la cañada, se monta por encima del barranco y llega hasta el guadual. Es por eso que la llaman así. Porque cuando crece no hay quien se enfrente a esa corriente enfurecida, es muy matrera, dice Pacho cuando ve la creciente, y ellos le tienen miedo. Se mete un par de mazorcas

al bolsillo y sube por el camino bordeado de moras de castilla y allí es cuando empezó el alboroto de las chinelas de Sabina y el agua a todo chorro, maldición.

9:30 a.m. El Presidente Ospina, acompañado de su esposa doña Bertha y un edecán aéreo, sale de Palacio hacia el coliseo de Ferias, para visitar la exposición equina.

Juan José nació allí. Una mañana la mandaron con Enriqueta a verla ordeñar las vacas en la pesebrera: Pacho y Emilia y las muchachas: chiss chass, ordeñando a la Normanda y a la Mariposa, qué antojo, pero no la dejaron porque se les va la leche, tú no sabes, y las manos diestrísimas, chiss chass, jalando muy parejo y el chorrillo saliendo disparado de la teta a la ponchera, donde formaba una capa espesa, blanquísimas, ¿puedo probar?, ponte aquí, se acurrucó debajo de la ubre: abre la boca, y Emilia le disparó un chorrizo que le dio en plena cara, caliente, espumoso: ábrela bien, pero ella no podía de la risa y la leche le embadurnó la cara hasta que al fin cogió práctica, se puso en cuatro patas como el ternero de la vaca Paturra, espermancada, las manos agarradas a las pezuñas de la Mariposa, los pies trancados con la tinaja de barro, hay que mamar despacio, como chupándose un helado de curuba, tonta, y al fin la leche comenzó a manar, a llenar suavemente la cavidad sobrante de la boca, a bajar por la laringe como corriente dulce, esponjosa: a ver si al fin engordas, filimisca, dijeron las muchachas, dejándola que aprendiera luego a desmanear las vacas. Tiraban de una punta de la sogá y las patas les quedaban libres, pero era

peligroso y sobre todo no pisar las bostas de boñiga que andan regadas por íntegro el establo. Después lavaron todo con la manguera y Emilia dijo, bueno, ahora para la casa porque tienes un hermanito, y ella, sí, cómo no, que no es el día de Inocentes, pero cuando llegó y vio a su mamá en la cama y le explicó que le dolía mucho porque el doctor Isaza le había hecho como una operación, y la cuna de Juan José estaba allí, llena de borlas y campanas azules y cubierta con un toldillo color rosa, se quedó atortolada, muda. Sin saber qué decir.

Esa noche no pudo pegar ojo. Ya vería cómo le quedaba la fachada a Camila, a la idiota Camila que no hacía sino carrearla porque mi hermano tal, porque mi hermano cual, y se creía la vaca que más pasto tapaba porque ella era la única con hermano a la vista, va a cambiar mucho la historia, Camilita, porque mi hermano Juan José es el que más bien se clava desde las peñas de Termales, hace el salto del ángel como nadie, es campeón olímpico: iclaro que juega al golf!, es el mejor de la categoría Junior, tiene handicap siete y hace menos de un año que empezó a practicar, ella con la cara torcida, los ojos legañosos chiquitos de la envidia: me lleva al cine, por supuesto, no es como el tuyo que hay que untarle la mano con mínimo diez centavos para que te acompañe al matinée, mañana iremos a una repichinga donde las González y él será mi parejo, no dirás que no es muy buen mozo, todas las de la barra están que se les caen las medias, baila tan bien... y lloraba como nadie el condenado, había que ver: cómo haría una cosa tan chiquita para berrear así. No tuvo más remedio que irse gateando hasta la cuna pues su mamá parecía dormir como una piedra. Mecerlo despacito,

arrullarlo a media voz, rru rru, mi niño, que tengo que hacer, como dos horas, hasta que al fin él se calmó.

10:12 a.m. El policía Efraín Silva toma su segundo pocillo de tinto en el café Windsor, después de pasar revista al banco de la República.

Siempre fue un niño llorón, Juan José. Conflictivo. Cuando él nació a ella le faltaban cuatro meses para cumplir los cinco y no volvió a tener vida porque hay que caminar en puntillas el niño está durmiendo o no enciendas la luz porque se despierta o levántate a ver si el tetero está listo, como si fuera el Niño Dios de Praga, en colchones de plumas, ambientes perfumados, baños con agua de rosas, talco Menen por aquí, Pomada Cero para que no se quemé el culito por allá, y ella sola, resola, sin poder confiar ni al gato que esta mañana se le cayó un diente porque nadie va a prestar atención, a quién iba a importarle si hoy al niño precisamente le comenzó a salir la primerita muela, llamemos al doctor Echeverri a ver qué dice; y al final fue Sabina la que le dio el secreto.

—Pero, ¿quién es el ratón Pérez?

—El que se encarga de traerle plata a los niños cuando se les cae un diente.

—¿Y cómo hace él para encontrar el diente?

—Pues uno lo pone debajo de la almohada y entonces él viene por la noche y deja los cincuenta centavos.

—Dónde los deja. ¿Debajo de la almohada?

—Claro. Debajo, donde uno había puesto el diente.

—¿Y cómo hace el ratón Pérez para poner debajo de la almohada los cincuenta centavos si es muy chiquito y no tiene manos?

Pero Sabina no quiso explicarle más. Dijo que si no se manejaba bien no le traía nada el ratón Pérez y entonces ella se metió el diente en el bolsillo y se fue para el colegio.

1:00 P.M. En el batallón Guardia Presidencial el teniente Silvio Carvajal se retira a reposar, mientras la tropa toma el almuerzo. El capitán León, comandante de la unidad, sale a almorzar a su casa en Fontibón. Gaitán, acompañado de Mendoza Neira, Cruz, Padi-lla y Vallejo, sale de su oficina a almorzar en el hotel Continental. Su secretaria le dice: «Cúidese, doctor». Y él le responde: «¡Déjese de pendejadas!». Un hombre pequeño, de muy pobre apariencia, está recostado contra la pared, a la entrada del edificio Agustín Nieto, acera occidental de la carrera séptima.

En la Plaza de Bolívar se encontró con Irma y la Pecosa Velázquez, que la invitaron a comer guayaba agria con sal. Se sentaron en un escaño a ver jugar trompo a los muchachos y allí estuvieron como hasta las dos menos cinco, más o menos, porque ya va a ser hora de entrar, estaba diciendo la Pecosa, cuando se dieron cuenta de que la plaza estaba llena de hombres. Parecía que hubieran bajado de las fincas de tierra fría: todos endomingados, sus ruanas blancas encima del hombro, bien plegadas, sus carrieles y sombreros de fieltro, qué cosa más rara, comentó la Pecosa que es la que siempre anda descubriendo agujas en pajares, ¿raro qué?, y realmente los hombres hacían gestos poco usuales: formaban grupos cerrados al lado de los árboles, discutían pero en voz tan baja que parecían diciéndose secretos; vamos a ver, insinuó, pero

qué vamos a ver ni qué pan caliente, a lo mejor va a haber una manifestación, lo más prudente es entrar al colegio, dedujo la Pecosá. ¿A que no les preguntas?, le apostó Irma a quemarropa: o es que le daba miedo. ¡Claro que no!, ninguno, ya verás: y se acercó a un tipo que estaba recostado a una palma fumando una calilla. Señor, ¿puede decirnos por qué es que hay tanta gente en la plaza, es que va a haber algo, o qué?, y aunque había dicho que de miedo nada, le dio un escalofrío cuando él la miró con esos ojos tan de animal arrechó, tan pálido; porque lo que más la impresionó fue ese tinte ceroso como el de la piel de los niños que sufren paludismo y aquel bigote lacio, negrísimo, de cerdas mal cortadas, que le llegaban casi hasta la barbilla y que lo hacía parecerse al retrato de su abuelo Antero cuando joven: ¿no saben todavía?, inquirió de mal talante mientras seguía aspirando a grandes bocanadas, echando el humo como los dragones, mirándola desde sus ojos hundidos, pequeñitos, medio cubiertos por el ala del sombrero de fieltro, y Ana dijo que no señor: no tenemos ni idea, y observó que hacía un gesto con la boca como cuando se va a hacer buches, después vio el salivazo salir como una flecha por entre el colmillo y caer en el pasto a más de un metro de distancia, y solo entonces se dio cuenta que un camión del ejército comenzó a descargar hombres armados en la esquina de la catedral. Los soldados corrían a trote corto hasta sus posiciones y empezaron a acordonar la plaza por fuera de los mangos: ya llegaron, oyó que decía el hombre, y después la miró como si esperara a que ella diera una respuesta. ¿Estaba donde las monjas?, sí, señor: en tercero primaria. Entonces él la observó con sus ojos pequeños: ¿ya sabía leer?, sí, dijo Ana, y también hacer sumas, pero él siguió escrutándola

desde detrás del ala del sombrero de fieltro como pensando en otra cosa. Hace una hora que cayó asesinado en Bogotá el caudillo del pueblo el doctor Jorge Eliécer Gaitán Jefe del Gran Partido Liberal, soltó de pronto, de un tirón, con acento muy paisa y en tono de discurso: lo mató un comemierda, añadió en voz más baja, y Ana vio que los ojos le brillaban como si fuera a llorar, pero él dio una chupada a su tabaco, escupió de nuevo por entre el colmillo y apagó de un golpe la calilla contra el tronco de la palma: son unos hijueputas, dijo: unos verriondos malparidos. ¡Váyanse pa' la escuela, muchachitas!

1:05':15" p.m. Al salir Gaitán a la calle, se oye una detonación.

¿Le vieron los colmillos?, ieran de oro! La Pecosa dijo que había visto el machete como de seis pulgadas que llevaba medio tapado con la ruana. Era una cosa así, les estaba mostrando, cuando la monja las hizo formar fila de a dos y bajar al patio de atrás porque era hora de deporte.

1:05':20" p.m. Rápidamente dos detonaciones más. El hombrecillo vestido pobremente, en posición de experto tirador, dispara su revólver. Gaitán gira sobre sí mismo, trata de mantenerse en pie...

¿Tú crees que habrá guerra?, preguntó la Pecosa muerta de miedo, pero Irma le contestó que no podía haber porque su papá era coronel del ejército y no les había dicho nada a la hora del almuerzo; no va a haber guerra solamente porque

mataron a Gaitán, aseguró como si ella entendiera de esas cosas: ¿tu papá es liberal?, preguntó Ana, pensando que su papá sí era; qué iba a pasar ahora, mejor jugar sin preocuparse; la Pecosa había sido siempre una alarmista. La prueba de que no había guerra ni pasaba nada era que ellas estaban jugando basket en el patio y que las monjas daban clase, tan tranquilas.

1:05':22" p.m.... el líder cae sobre el pavimento, boca arriba, sangrando profusamente.

Las campanas del patio de recreo y la del patio de formar empezaron a tocar a rebato como si hubiera temblor o se hubiera incendiado el Santísimo Sacramento: todo el mundo a las clases a recoger sus útiles, gritaba desde arriba la madre Marcelina, pero ellas siguieron encanastando como si nada fuera, hasta que tuvo que bajar y gritarles que ia recoger sus útiles!, histérica, poniendo la caja de dientes en peligro de salir rumbando porque al primer ia recoger...! se la tuvo que encajar, isus útiles...!, y agarrarse la toca con la mano izquierda, porque el alfiler no estaba por ninguna parte, mientras con la derecha buscaba inútilmente debajo del refajo otro alfiler o algo que se la sujetara: ¿tú crees que Marcelina es calva?, yo digo que sí, ¿apostamos?, la había careado en varias ocasiones la insensata de Mariela -la rubia-, y la ocasión la pintaban que ni mandada a hacer: la toca más ladeada que la torre de Pisa, la pobre sin saber si la historia de los útiles o el alfiler o aquella caja que bailoteaba cada vez que abría la boca, y entonces todas a la expectativa: a un paso de ver cumplidos sus temores, o mejor dicho, sus anhelos, para

mejor hablar en plata blanca: porque desde aquel día en que en el tablero de los anuncios del cine amaneció con lo «la madre Marcelina es prima de Chepe, el flacuchento», y el colegio en pleno pagó el pato, lo único que en el fondo hubiera resarcido aquella aberración (que fue el castigo de TRES DÍAS SIN VENTA DE COCA-COLA, escrito, por supuesto, en el mismo tablero, y debajo: EL MIÉRCOLES NO HAY CINE, cuando ya habían anunciado hacía dos días Los Toreros, con el Gordo y el Flaco), la sola cosa que podría borrar el mal sabor a agua que tuvieron por fuerza que ingerir esos tres días, era sin duda alguna ver cómo el bastión caía derrumbado, la toca descubriendo aquel terreno sin vegetación, el campo liso, la arboleda perdida, pero ¡la que no forme fila inmediatamente, perderá veinte puntos!, amenazó con gran alarde de poder, manoseando, encajando en su sitio de un golpe y para siempre la prótesis rebelde, todo porque encontró un alfiler en quién sabe cuál de los mil bolsillitos que le hacen a los hábitos debajo de esa como faltriquera donde ellas guardan el libro de meditación, las libretas de apuntes, un carrete de hilo por si acaso, tres lapiceros de tinta azul y uno de roja, el rosario pequeño, un ejemplar de *Las florecillas de Asís*, las medallas del Papa y la plata menuda; mala suerte, ¡icarajo!, susurró la Pecosita: yo creí que esta vez sí le veíamos el fuselaje, o sea, la cabeza pelona, dijo Irma, o sea que mejor nos vamos por los útiles porque aquí lo que es, ya no nos dan ni agua bendita, aconsejó Julieta, y salieron embaladas, en tropel, escalera de caracol arriba: ¡la guerra!, ¡la guerra!, ¡aaauuu...!, gritaban como los Comanches, ¡que ya estalló la guerra...!, mientras la pobre se quedaba en el patio, más pálida que un muerto, flaca, reflaca, zanquilarga: igual

que Chepe, el esqueleto que conservaban en vitrina las de segundo bachiller.

1:18 p.m. El policía Efraín Silva intima a rendición a un hombre caído que es arrastrado brutalmente por la muchedumbre. Lo despoja del revólver cuando ya casi entra en la Droguería Granada. «¿Por qué lo mató?», le preguntan. Y el infeliz responde: «Hay cosas que no se pueden decir». Luego exclama: «Virgen del Carmen, ¡auxíame!» Un embolador lo deja inconsciente al golpearlo con su caja. El agente Silva ha tomado el único papel de identidad que carga. Una libreta militar expedida a nombre de Juan Roa Sierra.

Sabina descubre la cortina, levanta la persiana de dos tirones y Ana siente en los párpados el reflejo de la luz que entra por la ventana a chorro vivo. Son las nueve, dice en voz alta, rezongona, y sigue con ellas quiero decir te quiero, te adoro, mi viuida, con una música que no tiene nada que ver y que sin duda alguna forma parte del plan, de la tramoya, porque ningún oído más o menos sensible soportaría esa cadencia destemplada, ramplona, monocorde: o te entonas o te callas el pico, va a tener que gritar tarde o temprano, lo que la despabilará definitivamente, por supuesto. Ya son las nueve. Y qué. Quién decretó que esa es la hora universal de levantarse, dónde carajo lo escribieron, o es que te lo dijo un pajarito, voy a contarte un cuento: los esquimales solo duermen cuando les da sueño y comen a la hora del hambre, pero es que esos pobres desgraciados son pueblos bárbaros, le

contestó una vez su tía Lucrecia, con aire de saber lo que estaba diciendo; si lo único que sabe es ir y volver donde la modista la querida señora. Lo que sucede es que las cosas son así. La sublime manía de desconectar todo. La aberrante y malsana costumbre de irrespetar el más elemental de los principios, simplemente porque su mamá dijo que, y como la tía Lucrecia se descuide, un día de estos se va a encontrar con que monsieur Dior, en París, resolvió que lo más chic del mundo es llevar anorak y entonces dónde crees que nos va a dar el agua, Sabina: aquí está el desayuno, dice poniendo la bandeja en la mesa, revolviendo las cosas del nochero, haciendo bulla por hacer: y no se me haga la dormida porque yo sé que está despierta. Si esto fuera un iglú. Un delicioso iglú forrado en piel de foca, diatérmico, hipocáustico, inodoro, a prueba de ruidos, por supuesto, quién aguanta ese obscuro rumor de chancleteo, pero causa pérdida, estoy temiendo: a lo mejor mamá esquimal también madrugaría con la cantaleta, tienes que levantarte, son las nueve, las mamás son así. No me hago la dormida, cotorra lengüilarga. Cómo me voy a hacer si ahora mismo estoy tratando de entender. Porque sabemos y no entendemos nunca el por qué de las cosas. Qué desgracia. Al menos para mí es un misterio esa consigna con sospechoso olor a oncenomandamiento, un acuerdo con los Manes tendrás, estoy segura, y ni siquiera entremos a considerar tu cara de pavo real hinchado cuando comienzas con yo los vi a todos, a toditos, pirringos, salir casi del vientre de su mamá, ¡avemariapurísima!; lo que te da la potestad de decidir la hora de la diana, levantar las persianas, correr las cortinas de un tirón, e interrumpir mi sueño como si esto fuera un campamento. Asqueroso.

1:20 p.m. Un taxi «Roxi» negro pita desesperadamente y vuela hacia la clínica Bogotá, con el ilustre herido. En el carro, el médico Pedro Elíseo Cruz dice a Vallejo: «No hay nada que hacer, inos lo mataron!».

Cierra otra vez los ojos. Se relaja, trata de concentrarse en las sábanas tibias, en su cuerpo que se acomoda a la horma que ya tiene el colchón, como un nido, se rebulle con voluptuosidad, despacito, qué bien, qué caliente, qué rico, el ruido de la silla le destempla los dientes, dos gardenias para ti, se hace que barre: levanta la alfombra, puja, sale hasta el corredor, la sacude, vuelve a entrar, ¿por qué no te estás quieta?, imaldita sea, carajo!, ¿por qué no te callas de una vez?

—Qué son esas palabras, ¡eavemaría! Si la oye su mamá la castiga. Una señorita no dice esas cosas.

—¿Ah, no...?

—Pues no. La gente boquisucia es la que no tiene educación, los arrieros, yo no digo nada, pero usted.

Interrumpirla. No dejar que manipule a su antojo la compuerta y que definitivamente, sin remedio, la letanía de nuestra muerte amén y sin pecado concebida la deje de nuevo sin resuello, sin ganas de pensar en la delicia que es estar flotando en un ambiente algodonoso, nunca piensa en aquellos niños castos, dice, mientras que jalonea la alfombra por las puntas para que quede rectilínea, perfecta: esta alfombra, ¡caracho!, porque seguramente no concuerda la línea con una pata de la mesa de noche y mejor que así sea porque al fin va a olvidarse lo de las catacumbas pero ella no, que no: que dale con la historia, y el ruido seco que produce la alfombra acomodándose y el aire que comienza a zarandear el vidrio

de las ventanas que dan al corredor, ¡hay corriente, Sabina...!, pero mejor se calla, se queda quietecita en su tercera fila para que no se pierda el colorido, el vocerío, las banderas flotando: Kirk Douglas en la arena, bronceado, apolíneo, desafiante, esperando con la rodilla en tierra a las fieras hambrientas sin otro escudo que la pelambre de su pecho y sin más arma que un crucifijo que a última hora Yvonne de Carlo alcanzó a pasarle por detrás de las rejas: definitivamente no cabe un alfiler parado: emoción, sudor, ¡sangre!, los leones husmean con fruición aquel aroma que golpea en las tripas, agita los ácidos y los aminoácidos hasta el extremo de sacudir la región glútea, disecar las mucosas, acelerar la corriente sanguínea y enardecer los ijares relucientes, brillosos, un viento ligerísimo sopla desde el Gianicolo, silencio, expectativa, por fin uno de los leones, el más viejo, parece, avanza con fingido desgano hacia la víctima y le prometo que nunca, jamás de los jamases ellos dijeron una sola mentira ni fueron boquisucios porque Jesús bendito les prometió la Gloria Eterna y preferían la muerte a ¡por Dios! ¡Interrumpirla como sea!

«*Una de la tarde.* –En la puerta, a la una y diez minutos, el doctor Alberto Durán Laserna, director de la Radio Nacional, transfigurado bajo el impacto de una viva impresión nos dice: “acaban de asesinar al doctor Gaitán en la puerta del edificio de su oficina, y estoy llamando a palacio”. Me resisto a creerlo. ¿Hace poco no corrió también la noticia de la muerte en Santa María del doctor Laureano Gómez? Sin embargo, dejo ir solo al campo de aterrizaje al doctor Velázquez y sigo para el Ministerio de Educación. Al cruzar la carrera séptima no observo movimiento ninguno irregular. Todo aún tranquilo, la calle soleada, las gentes en actitud normal.

Solo hacia el sitio de los sucesos miro un grupo de curiosos, como tantos que se forman en nuestras calles a raíz de un accidente de tránsito. Sigo al Ministerio. En la puerta, el periodista Jaime Soto, demacrado, lívido, me confirma la cruel noticia. “Qué vergonzosa infamia”, le contesto. Subo aprisa al Ministerio en busca del teléfono directo a Palacio. Pero la puerta está cerrada y el ascensor no funciona. Salgo al andén, donde me confirma la noticia Víctor Aragón, pálido pero sereno. En este instante, las gentes, en grupos presurosos, comienzan a desprenderse sobre el sitio del asesinato, pues las radios ya difundieron el hecho. El ambiente se caldea por segundos. Un transeúnte grita, “a matar godos”. Despacho el carro oficial para evitar la identificación de la placa y salgo acompañado del doctor Jorge Luis Aragón para la casa, a pie. Los grupos que bajan, van en actitud colérica, corren pidiendo a gritos las cabezas de Laureano Gómez, Montalvo y la mía. Pensar que esta la tenían tan cerca. Pero la angustia con que, más que corrían, se disparaban hacia el lugar trágico, no les dejaba observar al transeúnte que iba en dirección opuesta. Llego a mi casa, me armo, ordeno a la familia que cambie de residencia y parto para Palacio. No hay vehículos. Pasa un jeep de la policía y ordeno: “Estrada Monsalve, ministro de Educación, lléveme a Palacio”. El teniente de la policía y el agente que lo conduce van llorando de cólera y angustia».

La madre superiora ordenó que se formaran, no en filas por año, como siempre, sino que las que vivían de la calle dieciocho para arriba formaran a la izquierda, las de la veinte hacia el Lago, a la derecha. Que las mayores se encargaran de las pequeñas y que apenas salieran a la puerta de la plaza, corrieran lo que más pudieran.

La Pecosita se agarró de la mano de Ana, temblaba y lloraba diciendo que su papá estaba en Bogotá, que lo iban a matar, y Ana le dijo que no llorara más, que si seguía, la dejaba que se fuera sola. Irma se tuvo que formar en la fila de las del Lago y Julieta se le aferró a la otra mano, mi papá es liberal, ¿y el tuyo?, le preguntó con su carita seria, muy pálida, y Ana le dijo que el de ella también, ¿y tú crees que los pueden volar a todos los liberales con dinamita?, pero Ana le contestó que no, que eso ni hablar, que dejara de pensar en Ricaurte en San Mateo en átomos volando. Pero Julieta dijo que no estaba pensando en ningún Ricaurte en San Mateo sino en el buey de ese señor al que le habían puesto dinamita hacía como tres días y que ella oyó cuando la hermana de Flora, la señora que vende empanadas en la esquina de la séptima con diecisiete, le contaba a misía Benilda, la mamá de Gregorio, el carpintero, que tiene la carpintería al frente de las Aristizábal, que ese señor, el dueño del buey, se llamaba don Crisóstomo o don Crisanto no se qué. Y que por cierto en esos días pasados ella lo había visto, la señora de las empanadas, en la manifestación que hicieron cuando estuvo Gaitán, con un pañuelo raboegallo amarrado al cuello y gritando ¡A LA CARGA!; y después siguieron comentando, pero ella no oyó el resto porque la señora le dijo bueno, qué más quiere, y ella no tenía plata para más empanadas y no se atrevió a preguntar que cómo habían hecho para ponerle un taco de dinamita en la cola del animal, pero esa noche oyó que su mamá le comentaba a su papá que qué cosa tan espantosa, que los conservadores eran capaces de cualquier acto de barbarie, así dijo, y ella no entendió lo que quería decir barbarie pero debía de ser una cosa horrible porque ponerle dinamita a un

buey solo porque era liberal, los bueyes no son liberales ni son nada, zorombática, la interrumpió Ana, que ya estaba cansándose de una historia tan larga: agárrese bien el maletín, por si acaso. Y se amarró el suyo a la espalda, con las correas apretadas.

«*Dos de la tarde.* —Ya la multitud, en un ataque relámpago, cayó sobre Palacio. Ni un vidrio sano en los ventanales, ni una bomba eléctrica ilesa. Fue tal la furia, que el asfalto está cubierto de cristales en polvo, como bajo la acción minuciosa de una piedra de molino. Abandonadas junto al andén, hay tres gruesas vigas, con las cuales trataron de forzar las puertas, en acción de ariete y por el sistema de cuña. Una de las puertas quedó casi vencida. Y en medio del esparcimiento de piedras, ladrillos, garrotes y cristales, al pie de la entrada principal, el cadáver del asesino, desnudo, bocarriba, los brazos y las piernas en cruz, con un ojo fuera y el otro convertido en un coágulo de sangre. Allí lo había dejado la hiena para volver por su presa. Ya un agente de la policía, desde el andén del frente, había hecho el primer disparo sobre Palacio».

La plaza estaba chota, llena de hombres y soldados, de gente con banderas rojas, muchachos subidos a los mangos, ¡VIVA EL PARTIDO LIBERAL! ¡ABAJO EL GOBIERNO! ¡VIVA EL GRAN PARTIDO LIBERAL!, en un griterío confuso, banderas y pañuelos agitándose al aire, ¡VIVA EL DOCTOR JORGE ELIECER GAITÁN!, voces enardecidas, miles de brazos levantando machetes, picos, palos, armas de todas clases, vio a dos muchachos tratando de cortar un cable de la luz a punta de cuchillo. Alcanzó a ver las bayonetas casadas de los soldados que en posición de firmes desaparecían

prácticamente tragados por la muchedumbre. La gente rompía el cordón con que ellos trataban de cercarla y los distinguía apenas en medio de tanta bandera y tanta confusión. ¡ABAJO EL GOBIERNO!, gritaron desde la copa de los árboles y presencié cómo una lluvia de mangos empezaba a caer encima de los cascos, las frutas rebotaban como si fueran de caucho y entonces oyó la voz de alguien que lanzaba una orden y observó cómo los uniformes verdes se movieron dos pasos adelante, las bayonetas apuntando en posición horizontal, ¡ATENNNN-CIÓN!, pero nadie retrocedió ante el filo que amenazaba directamente a las tripas, ¡VIVA EL PARTIDO LIBERAL! Había que llegar como fuera a la esquina, y sin soltar la mano de Julieta ni la de la Pecosa salió empujando gente. Dejen pasar las niñas, oyó que chillaban desde el balcón las monjas, pero eran gritos perdidos, imposible atravesar la marea iracunda, no avanzaban ni un metro, y menos mal que la Pecosa ya no lloraba tanto. Se quedaron un rato pegadas a la pared. El corazón a veces le latía muy fuerte y otras se le apagaba, batía tan pasito que parecía que se le había parado, ay virgencitalinda que no nos pase nada, hasta que al fin un brazo de hombre les abrió una trocha, caminen, corran, y ella reconoció al señor de la Rangel: métanse en la droguería, dijo tratando de que se protegieran en el quicio, pero Ana no paró de correr calle abajo.

—¿Te acuerdas que el día que mataron a Gaitán se me cayó el primer diente?

—¡Virgensanta! De las cosas que se acuerda a estas horas de la vida. Qué me voy a acordar deso.

«Yo me encontraba almorzando en mi casa, cuando alguna persona de la familia llamó para avisar que la radio estaba

dando noticias de que el doctor Jorge Eliécer Gaitán había sido asesinado.

»Inmediatamente me di cuenta de la gravedad del suceso y de las consecuencias de perturbación que iba a provocar en el país. Pocos segundos más tarde, y cuando yo ya me preparaba para trasladarme a Bogotá —al centro de Bogotá— porque comprendía que iba a ser necesario intervenir para que el país no se precipitara al caos, recibí la llamada del doctor Pedro Gómez Valderrama: “Doctor Lleras, me anunció: la situación está muy grave”. Le dije que yo salía para el centro de la ciudad, y que lo recogería en la esquina de su casa, que estaba bastante próxima a la mía. Juntos llegamos hasta frente a la iglesia de San Francisco, donde encontramos ya una turba que rodeó mi automóvil. Vimos que en ese momento estaba ardiendo la Gobernación de Cundinamarca, y que había mucha gente, con distintas armas, y en estado de desesperación».

—Yo sí me acuerdo. Dijiste que lo pusiera debajo de la almohada, que el ratón Pérez me iba a traer cincuenta centavos.

—¡Pues claro! Y le traje cincuenta, ¿no es cierto?

—¡Qué va!

«Alguna persona abrió la puerta de mi automóvil y alcanzó a tender un revólver contra mí, pero luego me reconoció y no ocurrió el disparo. En vista de que no podíamos avanzar en el vehículo, nos bajamos el doctor Gómez y yo, y le di orden al chofer de que se volviera para Chapinero, porque estaba seguro que los vehículos que permanecieran estacionados en el centro iban a ser destruidos por la multitud».

1:30 p.m. El carro del Presidente Ospina es alcanzado, de regreso a Palacio, por un grupo de revoltosos que gritan: «¡Mueran los asesinos de Gaitán!». El chofer acelera pero, enfrente de la casa presidencial, el auto es cercado de nuevo. En una peligrosa maniobra, el conductor entra el carro al garaje, en un solo tiempo. El sargento Héctor Orejuela Atehortúa logra cerrar la puerta y salvar por segundos la vida de Ospina y doña Bertha.

—Yo creo que ese día perdí la inocencia para siempre.

—¿Cómo así? ¿Qué día...? ¿Por qué perdió la inocencia...?
¡Santocristo!

—El día en que me di cuenta que lo del ratón Pérez era un puro cuento de viejas: así se lo dije a Irma y a la Pecosá, para que no se dejaran engatusar ellas tampoco.

—A lo mejor sí le traje y usted no se dio ni siquiera cuenta con todo lo que pasó, Jesusmariayjosé, mi Dios nos ampare y nos favorezca... yo no sé por qué es que le ha dado por acordarse de tanta cosa maluca.

—¿Qué no me iba a dar cuenta...? Pero dónde crees tú que uno está cuando se le cae el primer diente y le dicen que el ratón Pérez le va a traer cincuenta, que lo deje debajo de la almohada, que mañana verá, y uno tragándose todo, creyéndose la más rica del pueblo porque al otro día se va a comprar una tonelada de mecató en el recreo y todo el colegio verde y uno dándoselas de a mucho y al fin la idiota de Camila y toda la barra aplanchadas sin poder decir ni mu porque si se alebrestan no les doy ni pite de coco ni de caramelo y hasta Irma y la Pecosá mansíticas sin chistar porque si no tampoco les

doy a ellas ni cinco y todo el mundo achantado y yo como si me hubiera agarrado una piñata para mí sola qué dicha y por lo menos tres días iba a durar el botín, pero, qué pendejadas estás diciendo: cómo se te ocurre: ¿crees que yo iba a estar pendiente de otra cosa?

«Llegábamos a la puerta del Palacio Presidencial, después de haber asistido a la inauguración de la exposición agropecuaria con mi marido, el Presidente de Colombia, Mariano Ospina, Pérez, el jefe de la casa militar, mayor Iván Berrío y el teniente de aviación Jaime Carvajal.

»Veníamos en un carro largo y lujoso marca Packard, de ocho puestos, manejado por el segundo chofer de Palacio, señor Marco T. Álvarez.

»Subimos por la calle octava, y doblamos sobre la carrera séptima. Como el automóvil era de carrocería larga y la calle estrecha, era necesario hacer una curva forzada para que pudiera entrar fácilmente por la puerta, que también es angosta.

»Mientras la maniobra se hacía, alcanzaron a pasar tres taxis llenos de gente que gritaba vivas al Partido Liberal y empezaron a aglomerarse las muchedumbres, que notamos estaban exaltadas y fuera de tono. Pero en ese momento también salían a nuestro encuentro los soldados del Batallón Guardia Presidencial, al mando del teniente Héctor Orejuela, a presentar armas y rendir honores al presidente, como era la costumbre al entrar y salir el primer mandatario.

»Tan pronto bajamos del carro, se dirigió a hablarle al presidente el general Sánchez Amaya, quien estaba esperándolo en uno de los salones de la Casa Militar, en la planta baja del Palacio. Yo lo saludé y seguí hacia nuestros apartamentos o sea lo que se llama *la casa privada*.

»En el camino a esta, a la cual se llega por estrechos y largos pasadizos, me salió al encuentro Gustavo Torres, el intendente de Palacio y me dijo: “Sabe, señora, imataron a Gaitán!”.

»Desagradablemente sorprendida por esta noticia que me pareció muy grave, nada contesté, pero pensé: ¡esto se prende!».

Por la carrera séptima venía una montonera con banderas y palos. Muchos tenían pañuelos rojos amarrados al cuello y casi todos eran estudiantes. Traían en guando un muñeco de trapo y mientras unos gritaban lo mismo que la muchedumbre en la plaza, los otros agitaban banderas rojas y banderas tricolores, y cantaban el himno. Las mujeres los miraban pasar desde la acera y lloraban como si fuera un entierro.

Una mujer anciana trataba de gritar viva el doctor Gaitán, pero solo se oía su quejido ronco, su vocecita rota en dos. Las lágrimas corrían por su cara arrugada como pasa y mojaban su pañolón de lana sin que ella tratara siquiera de enjugarlas: «Viva el doctor», decía, pero de ahí no pasaba, y seguía gimiendo, traspasada. Como una Dolorosa.

Ana siguió corriendo a pesar de que una amiga de su mamá les hizo señas de que se refugiaran en su casa: vengan, no paró; como un bólido. A todo lo que daba, si fuera Peter Pan, Julieta y la Pecosa volaban también. Las sentía agarradas a sus manos como grapas, ya vamos a llegar, ya vamos, sin respirar siquiera, con unas ganas horribles de llorar y no sabía por qué. La carrera quinta le parecía que estaba a dos kilómetros. Las Piedrahíta también trataron de que se entraran al zaguán, ni hablar, no se paren. El maletín de la Pecosa se cayó

en plena calle y los cuadernos salieron desparramados: recógelos tú, le dijo, y siguió disparada, con Julieta de la mano, hasta que al fin llegaron a la carrera quinta.

1:50 p.m. Incontenible, baja la multitud de los barrios Egipto, Santa Bárbara y El Guavio, dispuesta a vengar la muerte del caudillo.

¿No le han enseñado que para eso está el timbre?, le abrió el portón Sabina, rezongando: qué es eso de tocar a patadas, valiente educación; y siguió regañándola hasta llegar al patio, donde vio a su mamá, que los brazos en cruz, y arrodillada, recitaba el *Trisagio* a voz en cuello.

«Yo estaba con mi papá en la esquina de la Jiménez, y eran casi las doce: yo me voy a almorzar, tengo una cita, dijo, y entonces decidí tomarme un batido de tamarindo y subí hasta el Monte Blanco, donde me encontré con mis hermanas. Estábamos charlando cuando de pronto oímos tres disparos. Después otro. Creímos al principio que eran petardos de esos que tiran los muchachos, porque sonaron igual que los petardos, y nadie le hizo caso pero como la ventana estaba al lado yo me asomé por la novelería, más que todo, y entonces vi al doctor Alejandro Vallejo, que caminaba renco, y a un tipo que corría por la carrera séptima, atropellando gente, y a mi papá tratando de sostener a alguien, que vestido de negro, se desplomaba en el andén en ese mismo instante. Era Gaitán. Me contó después que iba agarrado de su brazo y que cuando vio al hombre a dos metros, apuntándole, volteó la cabeza tratando de esquivarlo pero las balas le dieron en la nuca. Bajamos a mil las escaleras, y ya la gente corría detrás

del hombre que había disparado y el doctor Cruz le estaba diciendo a mi papá, todavía está vivo, vamos a una clínica inmediatamente, y pararon un taxi y mis hermanas se pusieron a llorar, yo no sé qué sentía en ese momento porque ni tiempo tuve. Mi papá tenía las manos llenas de sangre y se las miraba como si no creyera lo que estaba viendo, y ni el doctor Vallejo ni Jorge Padilla ni nadie atinaba a decir nada, hasta que una mujercita empezó a lamentarse, imataron a Forfeliécer! inos mataron al Negro...!, lloraba, y cuando vio que un policía se acercaba al tumulto se le encaró a los alaridos: imáteme a mí también!, gritaba como histérica, pero el hombre no tenía tiempo de calmarla porque estaba azarado, le temblaban las manos iabran paso! iabran paso!, le gritaba a la gente que comenzaba apretujarse en montonera alrededor del taxi y no dejaban hacer nada hasta que al fin lograron meter el cuerpo de Gaitán y arrancaron pitando a todo taco y con pañuelos blancos fuera de las ventanillas y el policía entonces le dijo a la señora que cálmese mi doña, que yo también daría lo que no tengo para que el jefe salga de esta, y la señora se calló y el policía iábranse! iábranse!, tratando de evitar que nadie se acercara pero la gente no hacía caso y se arremolinaba a ver aquel reguero de sangre y mejor nos largamos, le dije a mis hermanas, y nos fuimos a la esquina de la Jiménez, a esperar un tranvía. Qué es lo que pasa —preguntó el conductor—, cuando vio a mis hermanas como unas Magdalenas y entonces le expliqué que era que habían matado a Gaitán y entonces frenó en seco: ibájese todo el mundo porque lo que es este tranvía no sigue andando ni una cuadra!, gritó desencajado, y se bajó también, abandonó el tranvía: lo dejó allí chantado, en plena séptima».

2:05 p.m. El corazón de Gaitán deja de latir.

Acordaos Oh piadosísima Virgen María que jamás se ha oído decir, con acento de plañideras, Sabina y su mamá, que ninguno de vuestros devotos reclamada vuestra asistencia e implorado vuestro socorro haya sido abandonado de Vos... nadie le hacía caso. Su papá oía las noticias al lado de la radio. El papá de la Pecosa está en Bogotá, en el hotel San Francisco, dijo, pero él siguió pendiente de la voz que anunciaba, aquí la Nueva Granada de Bogotá, habla Pedro Acosta Borrero: anunciamos a la ciudadanía que hemos ocupado esta emisora en nombre del pueblo y de la libertad, ¡oh buen Jesús misericordioso, hijo de María y de José!, clamaron las mujeres, para qué se meterán esos muchachos en esas cosas, comentó su papá: lo único que consiguen con eso es que la situación se vuelva más caótica. Ella no supo qué decir. Otro locutor comentaba que el hotel San Francisco era presa de las llamas; pobre Pecosa, pobre papá de la Pecosa. Que de las farolas de la Plaza de Bolívar colgaban las cabezas de Laureano Gómez, Ospina Pérez, Urdaneta y Pabón Núñez: ¿quiénes son esos?, pero nadie le respondió. ¿Quiénes son esos?, porque ya estaba harta de que la trataran como un cero a la izquierda, ¡godos!, dijeron a una su papá y su mamá; él sin mover ni un ápice la cabeza, pegada al receptor, y ella con sus brazos en cruz: los godos son muy malos, ¿verdad?, pero otra vez silencio, solo la voz del hombre transmitiendo y las plegarias de las dos plañideras. A Ana le dieron ganas de que apagaran de una vez la radio y así no se oyeran más noticias. Imaginarse las cabezas colgando de faroles le producía náuseas.

Papá, ¿va a haber guerra? Pero él siguió ignorándola porque ahora el locutor chillaba desatado diciendo que miles de hombres y mujeres por la carrera séptima rompían con martillos las vitrinas de los almacenes de licores, las puertas de los cafés y restaurantes, y que al señor Parmenio Rodríguez, un periodista que tomaba fotos en la calle, le habían pegado un balazo que atravesó su cámara y cabeza al mismo tiempo y ella se imaginó el pegote que eso habría hecho y otra vez la sensación de que todo andaba revuelto en el estómago y estaba a punto de gritar ¡apaguen ese radio! cuando su mamá tuvo casi la misma idea. ¿Por qué no cambias de estación?, le preguntó a su papá, y entonces él puso la aguja en el 45 y se oyó una voz profunda, templadísima, que a pesar de no temblar ni gritar ni decir cosas desaforadas, parecía retumbar como un trueno en el salón pequeño, en la casa, en el patio, en el espacio entero. Les habla Jorge Zalamea, desde la Radio Nacional de Colombia. Transmitimos un mensaje de libertad, de dolor y esperanza, al pueblo colombiano que hoy llora la muerte de su líder, ¡ese asqueroso comunista!, ¡chissst!, porque por una vez que alguien recitaba poemas en el radio en vez de gritar desenfrenados que la revolución, que los incendios, que el señor Presidente había dispuesto, su papá interrumpía, pero fue inútil, porque él cambió de número la aguja y solo quedó como en un eco aquella voz tan grave, tan perentoria y dulce, repitiendo:

*si pudiera llorar de miedo en una casa sola
si pudiera arrancar los ojos y comérmelos
lo haría por tu voz de naranjo enlutado...*